

TODOS LOS LECTORES DE BUEN GUSTO
formarán las siguientes bibliotecas de
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

Números publicados:

Los hijos de nadie
El triunfo de la mujer
El prisionero de Zenda
El joven Medardus
Los enemigos de la mujer

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

Números publicados:

Ferragus (Los Trece)
El pago que dan los hijos

Siete preciosas novelas al precio
increíble de UNA PESETA el libro.

¡GRAN ÉXITO!

E. VERDAQUER MORERA. - TOPETE, 16. - TARRAGONA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 98

25 cts.



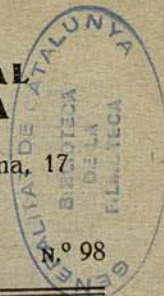
**UNA
POBRE
MANQUI**

por
Grace Davison
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III



UNA POBRE MANIQUÍ

Creación de la célebre y preciosa "s:ar"
GRACE DAVISON junto con el simpá-
tico artista RALPH KELLAR

Presentaciones del



CONSORCIO INTERNACIONAL DE EXPLOTACIONES CINEMATOGRAFICAS
Por contratación comercial C. I. E. C.

CENTRAL: Aragón, 231 bis :-: BARCELONA
Clasificación SUPERFILMS
Edición: CONSORCIO CENTRAL

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WILLIAM RUSSELL

Argumento de la película de dicho título

En la minúscula estación de un pequeño pueblo, famoso por sus Balnearios, las gentes que se aburren habitualmente, saborean el infantil pasatiempo de asistir a la llegada de los trenes.

El mismo día, y en el mismo tren, llegaron dos jóvenes que no se conocían pero a quienes la casualidad les reservaba una de sus agradables sorpresas.

Ella, tenía poco menos de veinte años, mucha ilusión, y una prisa enorme por brillar en el aristocrático balneario... ¡Si la gente supiera quién era ella!

El, contaba algo más de veinticinco años. Rendido admirador del sexo bello. Hastiado ya de las ficciones de una sociedad hipócrita que le mimaba por su talento, y deseoso de un poquitín de ensueño... de ideal.

El, tenía la intención de hospedarse en el Hotel Princesa.

Ella, había tomado otro rumbo.

Pero un cambio de maletas operado involuntariamente por un mozo del balneario a donde se dirigía *Ella*—en cuyo autobús esperaba la completa salida del andén de todos los viajeros que se habían apeado en aquella localidad—cambió la dirección de *El*.

—¡Eh, amiguito!—gritó al mozo, un negrazo auténtico—. Esta es mi maleta. Mi nombre está marcado en ella, ¿no lo ves?... Raúl Lockwood.

—Creí que este equipaje pertenecía a la señorita—se excusó el mozo señalando a *Ella*, que contrarrestaba su suposición con un gesto negativo de cabeza.

—Pues hiciste error... ¿no es verdad, señorita?—arguyó *El*.

—Debe usted disculparle... Es tal su afán de capturar clientes para el Celtic's Hotel...—intervino *Ella*.

—¡Ahl... Sí, sí... Es cierto... Pero es que... resulta... ¡que yo también voy al Celtic's Hotel!... ¡Me lo han recomendado especialísimamente!

Ella no supo disimular a tiempo una sonrisa, y *El*, animado por el aguijón de la aventura, inquirió, rápidamente, del negro, informes sobre el establecimiento en que prestaba sus servicios.

—Oye... ¿Qué es eso del Celtic's Hotel?... Nunca he oído hablar de él... Supongo que se come bien por lo menos...

—No lo hay mejor en el pueblo, señorito.

Raúl acomódose en el autobús del Celtic's, al lado de *Ella* y su plática, inagotable por parte de él, fué altamente simpática para ambos.

Al llegar al Hotel, Raúl acompañó a *Ella* hasta el despacho.

Unas damas—de la época de Napoleón—murmuraron al verlos:

—Estas parejitas de recién casados son encantadoras, ¿verdad, doña Clemencia?

—¡Qué de recuerdos despiertan en las que tienen nuestros años!... ¿No es cierto, doña Asunción?

En el mostrador del hotel, el secretario les dijo:

—No disponemos de ninguna habitación con cama de matrimonio... Sólo en el tercer piso hay una con dos camas gemelas...

Ella y *El* se miraron con sorpresa. ¡Les gustaban la broma de considerarlos marido y mujer!

Prestamente *Ella* aclaró su estado:

—Yo soy Miss Nelly Star... Y tengo pedida desde hace varios días una habitación *con una sola cama*.

—Dispensen los señores... —se apresuró a excusarse el secretario—. Aquí está la llave de su habitación, señorita... Aguarde usted un instante, caballero... Voy a ver...

Como Nelly ya había—tras ligero saludo—desaparecido hacia el piso donde estaba su cuarto, Raúl, que quería verla otra vez y saludarla de nuevo, dió prisa al secretario:

—¡Déme usted el cuarto de las dos camas!!... ¡Dormiré con una pierna en cada una!

La ocurrencia de Raúl era una excentricidad verdaderamente excéntrica... con su mucho de poética significación.

La camarera de servicio en la habitación de Nelly, permitiéndose evidenciar su asombro ante ella, a medida que iba sacando vestidos de sus baúles:

—¡Pero, señorita... con estas *toilettes* hará usted furor en los salones!

—Le extraña verlas en posesión de tan modesta persona, ¿verdad?... No se puede una fiar de las apariencias.

*
*
*

Al correr de los días, la amistad creada entre Nelly y Raúl fué consolidándose con los frecuentes encuentros que mutuamente buscaban.

Y ocurrió que, de incidente en incidente, de casualidad en casualidad, dos corazones estaban a punto de enlazarse.

Raúl sólo sabía de ella que era huérfana y que ignoraba el tiempo que permanecería en el balneario... ni adónde iría después...

Cuando más tranquilo estaba, Raúl encontró en el balneario una cara conocida.

Se trataba de la señora Ramsay; una de estas cabezas de chorlito que los años no consiguen equilibrar.

—¿Usted aquí?—extrañóse ella.

—He venido huyendo de Nueva York... Aquí nadie me conoce... ¡Al fin me veré libre de periodistas y...

—Admiradores, ¿verdad?... Sí, sí, hace usted bien, *Don Juan*. No se puede ser a la vez un

pintor famoso y estar libre de las asechanzas de las mujeres hermosas...

—¡Cómo exagera usted, señora Ramsay!

—Acostumbro acertar siempre en mis juicios... Yo estoy aquí casi de incógnito... Ya sabe usted lo celoso que es mi marido... ¡Ay, no sabe usted cuánto celebro que nos hayamos encontrado!... ¡Aquí podrá mi irresistible pintor cortejarme libremente!

—Me abruma usted con sus atenciones, señora.

—Convencido está usted de lo que vale... ¿Quiere usted acompañarme...?

—Lamentaría que se molestase no aceptando ese honor... Tengo que ver a alguien...

—¿No dijo usted que nadie le conocía?

—Es cierto; pero es que ese alguien no sabe quién soy... y es como si yo no fuera yo.

—¡Ahl... ¿Conquista en puerta? ¿Sería usted capaz... estando yo aquí?

—Por Dios, señora, qué buen humor tiene usted.

—Vaya, vaya, querido Raúl...

—¡Adiós, señoral ¡Demonio de vieja!—murmuró él, separándose de su admiradora.

Por la tarde del mismo día que se produjo el encuentro de Raúl y la señora Ramsay, ésta le volvió a ver, acompañado de Nelly, y le obligó casi, saludándole desde lejos, a que se acercara a ella como ella se acercaba a ellos.

Nelly, al divisarla, exclamó:

—¡La señora Ramsay!

Pero no reveló el significado de su gesto de asombro.

Raúl, por cortesía, presentó a las señoras:

—La señora Ramsay... La señorita Nelly Star.

A la «vieja» con ribetes de mujer en plena campaña amorosa, le pareció haber visto en alguna parte a Nelly, pero no recordaba dónde, y se desvaneció su suposición al soplo de la incertidumbre.

Nelly respiró al no verse descubierta.

Celosa de Nelly, la señora Ramsay reprochó a Raúl, con discretas insinuaciones, su inclinación por otras mujeres, y al pintor le cargaban ya sus impertinencias.

Al anoecer, bajo el tibio perfume que exhalaban las flores del jardín del balneario, Raúl, sentado junto a Nelly, estaba triste.

—Parece preocupado...—musitó ella.

—Sí, Nelly, lo estoy... Y no es para menos cuando uno ve que una señora, respetable por su edad, ha perdido los sesos... y cuando uno se pregunta: la que tú quieras... ¿te querrá?

—Lo último tiene toda la lógica que le falta a lo primero.

—¿Cómo contestaría usted a esa pregunta... si yo la cambiase así?: ¿me querría usted?

—¿Necesita usted aclarar una idea?

—Sí, Nelly, requiero su ayuda.

—No es posible contestar... Lo que se supone no es siempre la realidad... Podría, por ejemplo, contemplándole con atención, determinar que le amaría tal vez... pero eso sería inseguro... ¿Desea usted acaso saber nada más que eso?

—Eso y lo otro... lo que usted ya comprende, Nelly.

—Déjeme, Raúl.

—No, Nelly... Es que la amo; sí, es usted mi bella ilusión... Su elegancia me fascina, su hermosura, su simpatía me esclavizan... La quiero... y usted también me quiere... Sí, ahora veo que sus ojos me lo han dicho siempre... Debemos formalizar nuestras relaciones. ¡Ansío hacerla mi esposa cuanto antes! Acepta,



—Déjeme, Raúl.

—No, Nelly... Es que la amo...

¿verdad?

—... Formalizar nuestras relaciones... ser su esposa... ¡Oh, Raúl, eso sería muy hermoso!

—Entonces...

—¡Pero yo no puedo engañar a usted!...

—¿Engañarme?

—Si yo estuviera segura de que me ama por mí... y no por mi elegancia como usted dice...

—No siga, Nelly... Lo que me importa de usted es su alma... ¿Lo duda? ¿No son bastante fieles mis palabras para reflejarle toda la sinceridad de mi corazón?

—Podría no ser lo que aparento, Raúl... Usted ignora... mi posición... mis trajes precisamente...

—Nelly, se lo ruego, no ponga obstáculos a la dicha que nos espera. Para amar basta tener la convicción de que se ama. Yo estoy seguro de que todas las mujeres murieron para mí y que sólo queda usted en mi vida. Conteste ahora: ¿esa convicción existe en usted relativamente a mí?

—Raúl, me ha sorprendido usted tan repentinamente...

—Nelly... ¡necesito una contestación categórica!

—Pues bien, sí, Raúl... yo también le amo a usted con toda mi fe... La voz de la razón me hacía vacilar, mas ya no la escucho...

—¡Oh, mi amada!

**

Rebosantes de alegría, Nelly y Raúl regresaron al hall del hotel donde se bailaba, para imitar a las demás parejas.

La señora Ramsay ocupaba un palco con varias damas y caballeros conocidos.

Una de dichas damas, al advertir la buena pareja que hacían Raúl y su desde aquella noche prometida, exclamó con asombro:

—¡Pero si esta muchacha que baila con Raúl Lockwood es una insignificante obre-rilla!...

—¡Calle... si creo reconocerla!...—intervino otra dama.—Este traje... ¡Si! ¡no hay duda!, es de la casa Lewys Max... ¡Esa mujer es una simple maniquí!

La señora Ramsay, altamente sorprendida, se fijó con toda atención en la aludida empleada y, al cabo de su análisis, declaró:

—¡Sí... sí... la recuerdo perfectamentel... Ya me parecía a mí... ¡Oh, una maniquí en brazos de mi buen pintor! Es preciso arrancarla de ellos. ¡Vamos a reirnos un ratíto!... Caro le

haré pagar lo que ha presumido con grave quebranto de nuestra elegancia... ¡Ya verán ustedes la cara que pone esa maniquí cuando la desenmascare ante nuestro incauto amigo!

Al cesar los armoniosos acordes de aquel baile en que Nelly y Raúl gozaron el placer de sentirse muy cerca el uno del otro, murmurándose palabras risueñas, los dos enamorados volvieron al jardín, donde Raúl reconfirmó su voluntad infinita a Nelly, diciéndole:

—Sí, Nelly de mi alma... Tú eres mi primer amor... el único... En cuanto a tus temores respecto a mis modelos de arte, ¡yo te prometo que de hoy en más tú serás la exclusiva y espléndida figura de mi inspiración!

La señora Ramsay y sus amigos, dispuestos a dar el golpe combinado contra Nelly, se acercaron a los novios, y aquélla, en arrogante actitud, los interrumpió en su idilio:

—Perdón, señorita... ¿No es verdad que esta elegante «toilette» es de la casa Lewys Max de Nueva York?

Nelly, viéndose reconocida, tembló toda delante de Raúl, y contestó a la cliente del modelo que su suposición era exacta.

—La idea de mezclar vulgares maniquís como usted entre gente bien nacida, no es muy delicada ciertamente—prosiguió como ofendida la señora Ramsay—, pero da buenos resultados comerciales. Diga usted a su jefe que el traje que usted lleva no me desagrada... ¡Que me manden el modelo!

Nelly no osó replicar a la ofensa de la vanidosa mujer, y como Raúl quisiera tomar parte

en la cuestión, la primera se lo impidió justificando a la segunda:

—La señora Ramsay no dice más que la verdad.

Tras esta declaración que significaba —en su opinión— el derrumbamiento doloroso del castillo de la ilusión de su alma, Nelly se apartó de los «bien nacidos» para ocultar de ellos sus quemantes lágrimas.

Una de las damas remachó el clavo de la señora Ramsay en la carne de Nelly y en el amor propio de Raúl:

—Estos comerciantes lo invaden todo... ¡Pronto no va a saber una dónde ir para no rodarse con más gentes que las de su clase!

La señora Ramsay, dirigiéndose a solas a Raúl que le exigía una explicación de su rudeza con Nelly, disculpóse así:

—Lo he hecho por su bien. . No podía consentir que un hombre como usted fuese juguete de una vil impostora que tuvo la audacia de querer «deslumbrarnos» ¡con trajes prestados!

Raúl, agotada su paciencia para soportar a la ridícula vejistoria, le manifestó exaltado:

—Para entregar mi corazón a una mujer, no necesito ver las facturas de su modisto, y me importa poco que sus trajes sean propios o prestados. ¡Lo que interesa es que sienta! ¡Y a usted ni le importa ni le interesa nada de este asunto!

—No creí que me iba usted a pagar con esta moneda, Raúl.

—Pero ¿es que estaba usted acaso convencida de que yo era un loco?

—Cuando se haya serenado, podremos hablar mejor. Entretanto... ¡adiós!

Raúl estaba anonadado.

—Ahora comprendo sus vacilaciones... sus dudas...

En su soledad, Nelly se lamentaba:

—Me lo tengo merecido... ¡Su despreciol... ¡Dios mío, Dios mío!... Si me diste un cuerpo de mimbre, ¿por qué lo animaste con un corazón de mujer?

Los amigos de la señora Ramsay censuraban—convencidos de estar en lo justo—a las mujeres que explotan su belleza física sirviendo de maniquís, negándoles todos los dones y derechos de una mujer como todas las mujeres.

Varias fueron las acometidas de deseo de reprender mordazmente a los maldicientes que tuvo Raúl; sin embargo, supo contenerse para evitar que su enérgica defensa de la modelo se prestase a equívocas interpretaciones.

La señora Ramsay, tontamente enamorada de Raúl, se paseaba con desespero por su habitación, pensando en sus desprecios.

Nelly, antes de que Raúl pudiera encontrarla en el jardín, también estaba en su cuarto... pero, ahogándose en él, abrió una amplia ventana y salió a la galería o terraza donde daban todas las ventanas de las habitaciones de la parte trasera del edificio.

Raúl, por su parte, no pudiendo resistir el deseo de castigar a la señora Ramsay, llamó con los nudillos a la puerta de la habitación.

Aquella abrió y, no bien hubo entrado Raúl, cerró la puerta con llave.

Un criado del hotel, que había seguido a Raúl y que aplicaba en este momento su oído al ojo de la cerradura del cuarto de la señora Ramsay, dijo para sí:

—Un hombre ahí dentro con ella... y a estas horas... ¡Este descubrimiento es una buena adquisición!

Y se alejó frotándose las manos satisfecho...

La señora Ramsay ponía en juego toda la sutileza femenina posible para captarse la consideración de Raúl, mas éste la envolvía en su indiferencia y le objetaba lleno de enojo:

—...Acabemos. He venido sólo para decirle que se ha portado usted indignamente con esa joven... para que me aclare los motivos que la impulsaron a zaherirla delante de todos en la forma que usted lo hizo...

Nelly, que estaba—como se ha dicho—en la galería del hotel, oyó—pues su habitación estaba cerca de la de la señora Ramsay que tenía el balcón abierto de par en par—la discusión y, reconociendo la voz de Raúl, acercóse cuanto pudo hasta percibir claramente lo que decían los que la promovían.

—Ya debí presumir que no sabría agradecerme el haber salvado a un hombre de su valía del sentimentalismo hipócrita de esa modistilla... ¡de ese insignificante artefacto de mimbre!—contestó a Raúl la señora Ramsay.

—Esta mujer será mi esposa—afirmó Raúl—porque la amo y me corresponde. ¡Y la llevaré orgulloso de mi brazo aunque se cierren ante nosotros las torpes tertulias de gentes tan necias como usted!

Acicateada por los celos y el despecho, la

señora Ramsay replicaba airada a Raúl, entre súplicas de que le reservase un poquito de su amor a ella.

Y en ese mismo instante llegaba, del último tren de la noche, inopinadamente, al Celtic's Hotel, el señor Ramsay, que era hombre celosísimo de natural y además por conocer el escaso peso del cerebro de su esposa.

El criado que viera entrar a Raúl en el cuarto de la señora Ramsay, se apresuró, al ver al esposo, a comunicarle la noticia:

—Siguiendo sus instrucciones la he vigilado asiduamente... Cada día está más enloquecida por este pintor... Esta misma noche ha provocado un escándalo... Y ahora se encuentra en su cuarto... con él.

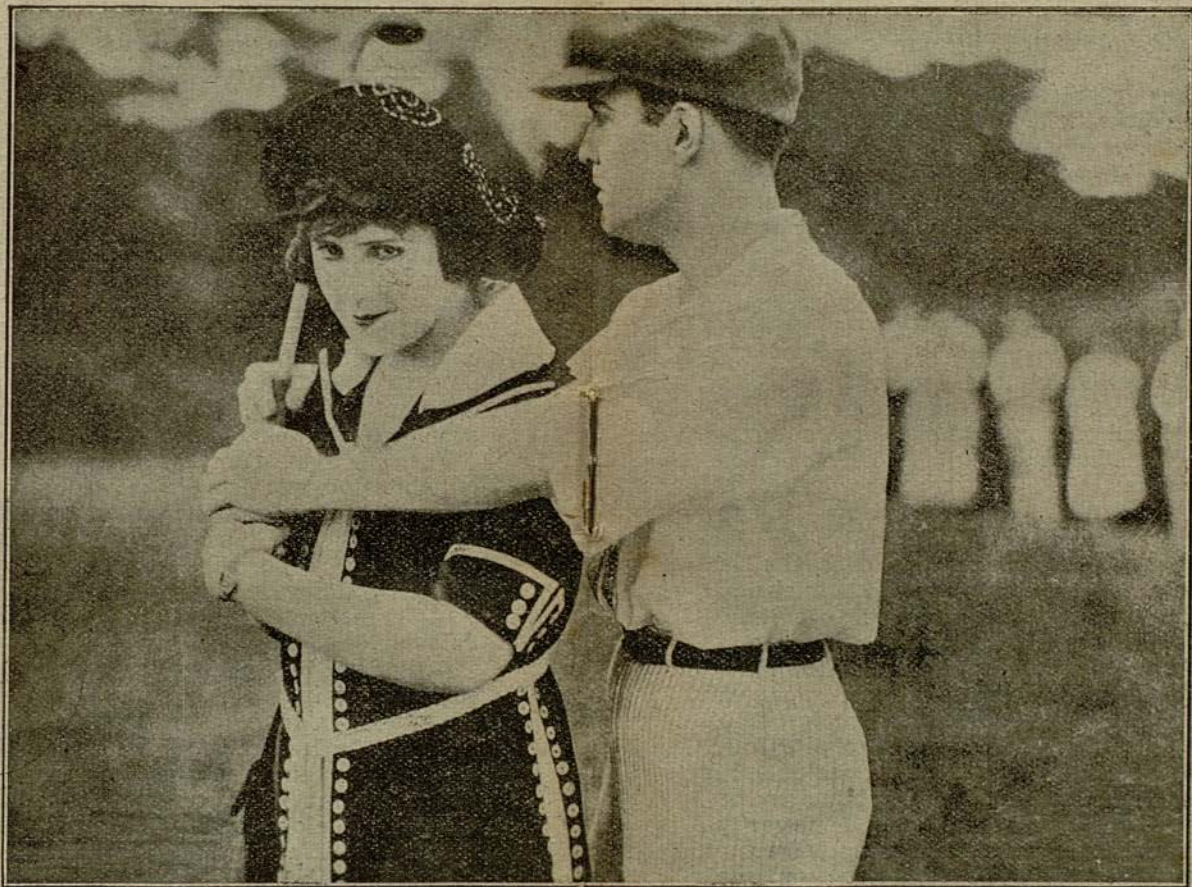
Fuera de sí, el señor Ramsay se hizo indicar la habitación que ocupaba su esposa, y trató, en vano, de abrir la puerta por sorpresa. En vista de su fracaso, llamó desafortadamente dándose a conocer por sus ásperos calificativos a la infiel y al que suponía su amante.

—¡Mi marido!—exclamó con sobresalto la culpable de todo.

—¿Por qué le tiene usted ese miedo? ¡Yo estoy tranquilo!

—¡Después de todo... me alegro! Estoy cansada de sus desprecios, Raúl... Sorprendiéndole mi esposo en mi cuarto, estallará el escándalo, surgirá el divorcio... ¡y tendrá usted la obligación de ofrecerme una reparación!

—¡Imbécil!... ¿a su edad?... Yo tendré una explicación con su marido... y el manicomio curará sus locuras de usted.



Y ocurrió que, de incidente en incidente, de casualidad en casualidad, dos corazones...

—¡Abrid, miserables! ¡Pronto o derribo la puerta!

—¿Sigue despreciándome?... Pues bien... ¿cómo le explicará usted a la fiera de mi marido el desorden de mis vestidos?

—¡Oh! ¿a tanto ha llegado usted? ¿Quiere usted pasar por adúltera y ponerme a mí en ridículo? ¡Es usted un monstruo! ¡Mas eso no será!

—¡No hay salida posible!

—Sí la hay, Raúl—dijo Nelly apareciendo por la terraza—. Ven conmigo... Estás perdido si permaneces un instante más aquí.

—Nos espías, gran señora, ¿eh?

—No, Nelly... no quiero comprometerte.

—¿Qué importa que yo me pierda si tú te salvas? Ven... huyamos... no podemos perder un momento.

—¡Atrás!—gritó la señora Ramsay—. ¡Llegó la hora del drama!

Impulsada por la cólera que la cegaba, la demente se dirigió a la puerta con la intención de abrirla a su esposo para que viese a Raúl, pero cuando, revólver en mano, apareció el aludido marido, aquél y Nelly habían salido a la galería hacia el cuarto de la noble maniquí.

El señor Ramsay rechazó violentamente a su indigna esposa y, habiendo visto, al entrar, la sombra de los fugitivos, salió también a la terraza llegando hasta la habitación de Nelly—en la que ellos acababan de llegar y que era la única que tenía la luz encendida.

Al ver frente a sí a un caballero y a una dama, el señor Ramsay se detuvo.

—¿Qué deseáis, caballero?— le preguntó Nelly para obligarle a excusarse.

—Busco y encontraré, pese a quien pese, al hombre que acaba de salir de mi cuarto.

—Concibo que se interese por el hombre que haya podido salir de su habitación, pero no del que está en el mío.

—He sufrido un error con ustedes, que lamento. Perdón...

Y recorrió, con su deseo de venganza, y con el revólver, el resto de la terraza..

Raúl, agradecido, abrazó a su prometida:

—Nelly mía, me sacrificaste lo más preciado que posee una mujer: ¡tu honra! ¡La conservaré orgulloso como un sagrado tesoro hasta el día en que pueda devolvértela haciéndote mi esposa!

—No, Raúl, tu esposa no... Te he salvado y ello me basta... ¡Cuando te avergonzases de tener por esposa a una pobre maniquí, moriría de dolor! Prefiero desaparecer... que conserves un buen recuerdo de quien mucho te amó... Tú frecuentas y perteneces a una sociedad que no me perdonaría nunca el haber trabajado aunque honradamente.

—Lo que no te perdonarán nunca es tu esplendente hermosura, tu abnegación y tu pureza. Pero a mí, dueño de tan preciosa joya, ¡qué felicidades me esperan!

—Raúl, ¿serías capaz de amarme siempre, siempre?

—Sólo se ama una vez, mi Nelly, y hoy, por fortuna, entro yo en turno. ¡Tú serás, tal vez antes de lo que te figuras, mi inseparable compañera!

—¿De veras, Raúl? ¿De veras?...

—Mujer de poca fe... convéncete, como el Santo incrédulo, posando tu dedo sobre mi corazón. En él palpita un anhelo, que es a un tiempo llaga que hiere y esperanza que consuela: ¡que seamos el uno del otro! Hiere porque hoy aun no es... consuela porque mañana lo puede ser.

*
* *

Pasaron algunos meses. Nelly y Raúl se habían casado. Pero la felicidad no reinaba en su hogar... La familia de Raúl la quería y festejaba, él mismo la adoraba, pero Nelly en la menor frase, la más inocente mirada creía ver la velada humillación o el escarnio... Y tal

manía profundizó tanto en su ánimo que incluso su salud llegó a resentirse.

El doctor aconsejó:

—Mucho sol, mucha distracción y ninguna preocupación... Y volverán a brillar esos ojos con los buenos colores en el rostro.

Nelly, agradecida, dijo a su madre política y



El doctor aconsejó:

—Mucho sol, mucha distracción...

a su cuñada:

—No había necesidad de médicos... Mi mejor medicina es el cariño y la consideración que ustedes me profesan y que yo, tonta de mí, no sé apreciar.

—Ya te convencerás, querida Nelly — dijole

carifiosamente su cuñada—de que tanto mamá como yo aprobamos siempre la boda de Raúl. Anda; a distraerse y a ponerse muy hermosa. Mamá te ha comprado un vestido; estarás monísima. Vamos a probarlo.

A la sazón, Raúl trabajaba intensamente en una obra que, celoso, ocultaba a los ojos de todos. Incluso a su Nelly le había prohibido la entrada en su taller.

El único ser que tenía acceso al mismo, era el famoso pintor Stephen, maestro de Raúl, casi ciego a fuerza de incesantes estudios.

No eran únicamente las apuntadas, las causas del malestar de Nelly. Amaba muchísimo y por lo tanto la dominaban los celos. El misterio de que Raúl se rodeaba para acabar su cuadro encendía en ella las más acongojantes sospechas... ¿De qué modelo se servía? ¿No había sido ella hasta entonces la inspiradora de sus mejores obras? Tales eran sus dudas que no pudo apartar de sí el deseo de entrar en el taller para ver la obra enigmática.

La vió, así como el boceto de la misma que halló sobre una mesa.

—Otra... y rubia—musitó—. Ahora comprendo su interés en ocultarme el cuadro.

Como el maestro Stephen y Raúl llegaban, Nelly se escapó del taller sin ser vista y en su fuga se llevó el boceto de su rival.

El maestro contempló el cuadro y se mostró satisfecho del talento de su alumno, pero se plañió de su desgracia:

—Hijo mío, cada día pierdo más la vista. Tiempo hace ya que no puedo trabajar. Dentro

de poco, no podré ni apreciar los trabajos de los demás.

En un barrio apartado de la ciudad, la publicación en los diarios del boceto del próximo cuadro de Raúl, había desencadenado una tempestad al provocar la confesión de una moribunda, sin sospechar que su esposo Carlos podía escucharla.

La enferma confesaba a un viejo amigo:

—... Fuí su modelo... y creí en su amor, mas cuando me presenté en su taller para exigirle que cumpliera su promesa de hacerme su esposa... su puerta estuvo cerrada para mí. Ahora, el miserable no vacila en divulgar mi vergüenza publicando el maldito cuadro.

Si el viejo amigo pudo escuchar pacientemente la declaración de la infeliz, su esposo, presa de la mayor nerviosidad, dispuso su venganza.

Carlos no se detenía ante nada y, habiendo inquirido antes la dirección del domicilio particular del pintor, no vaciló en introducirse en él como un vulgar malhechor.

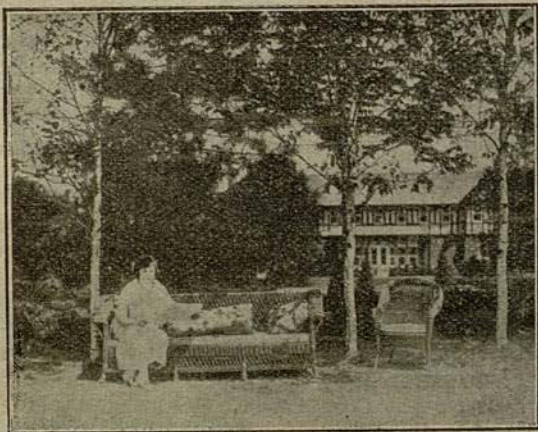
Nelly, que estaba sentada en un canapé de mimbre en el jardín, a la sombra de unos árboles ufanos, contemplando aún el boceto que encendía sus celos, vió a Carlos y éste a ella. Lejos de asustarse por la brusca aparición de uno y otro, grande fué la satisfacción de ambos al reconocer él en Nelly a la que fué maniquí de la casa *Lewys Max* y ella en él al dibujante de la misma casa.

—¡Nelly! ¿Usted aquí, en casa del pintor Raúl Lockwood?

—¡Oh!, no piense mal: ¡soy su esposa! Pero,

¿cómo viene usted aquí, como un ladrón, agitado y nervioso?

—Tengo mis razones, Nelly. Y lamento que sea usted la esposa de ese infame. Es necesario que lo sepa usted todo, Nelly; sí, no quiero que se figure otra cosa de mí. ¡Tengo que vengar el abuso que de la que hoy es mi esposa



Nelly, que estaba sentada en un canapé de mimbre en el jardín,...

hizo el pintor Raúl cuando ella le sirvió de modelo!

—¿Es posible, Carlos?

—Una moribunda no miente.

—¿Raúl engañó a una mujer? Me resisto, sin embargo, a creerlo, Carlos.

—Es lógico que usted le defiende... es su esposo... pero yo...

—No siga, Carlos; si es cierto lo que usted dice, yo sé lo que, por mi parte, debo hacer. Pero conteste a esta pregunta: ¿su esposa es rubia?

—Sí.

—¿La de este boceto? —insistió enseñándole el dibujo.

—La misma.

—Gracias, Carlos, aunque me rompa usted el corazón. Yo también me vengaré... huyendo de su lado... haciendo lo que sea... menos causarle el menor daño a él.

—¡Le ama usted aún a pesar de ser un libertino! Yo sabré vengarme con o sin su concurso. Y sería por demás que usted le avisase. ¡A la corta o a la larga nos encontraríamos! ¡Adiós, pobre Nelly!

La madre de Raúl, así que se fué de la casa el maestro Stephen, requirió la atención de su hijo:

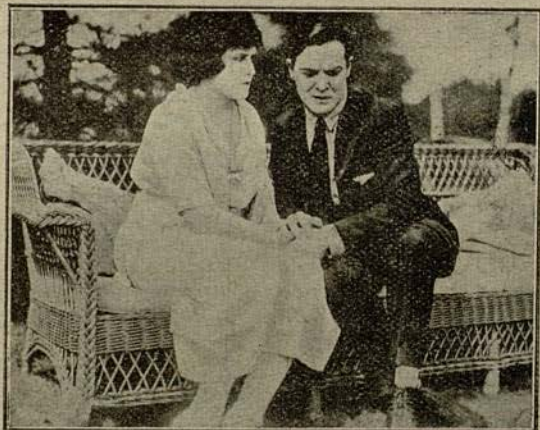
—Nelly te quiere, hijo mío, y merece que la adores. Nosotros nos esforzamos en quitarle de la cabeza la idea de inferioridad que erróneamente tiene... En cambio tú, con este misterioso cuadro, la abandonas un poco... Sí, Raúl, tú no lo adviertes y creo obrar bien reprochándotelo... Anda, ve con tu esposa, hijo mío. Las caricias que a ella le prodigues me son igualmente agradables a mí... por cuanto sirven para afianzar tu felicidad.

Raúl corrió al lado de Nelly y le pidió que le perdonase si, inconscientemente, la dejaba en segundo lugar por su dichoso cuadro.

—Reconozco que mi trabajo me ocupa demasiadas horas y que tú sufres por ello... Pero, ya termino, Nelly mía, y entonces, entonces... nos iremos de viaje, ¿no te parece?

—Lo que tú quieras, Raúl.

No era ésta precisamente la contestación que le quería hacer Nelly a su esposo, sino



—Reconozco que mi trabajo me ocupa demasiadas horas...

arrojarle en cara su falta inhumana.

Pero no tuvo valor para obedecerse a sí misma... y, dominada por su amor, fingió estar contenta.

Al día siguiente, Raúl daba las últimas pinceladas a la obra que aquella misma noche había de presentar a sus amistades y a los crí-

ticos de arte, acontecimiento anunciado por la prensa en general.

Raúl ordenó a sus criados:

—Pongan el cuadro en el salón de fiestas y cierren con llave. ¡Que nadie pueda ver el cuadro hasta esta noche!

—¿Nadie?—repitió un doméstico.



... y así, portándose en su propia casa como una extraña...

—Absolutamente nadie.

Nelly, poco antes de la fiesta artística, no pudo desechar de sí el deseo de contemplar a solas el retrato completamente terminado de la última aventura de su esposo... y así, portándose en su propia casa como una extraña,

llegaba ocultamente hasta el salón por una puerta del jardín.

Al descubrir la cortina que cubría el lienzo, Nelly se asustó al ver aparecer a un hombre.

—¿Quién va?—preguntó con temblor—¡Ah! ¿Usted otra vez?

—¡Sí, yo soy!—dijo Carlos—¡Vengo a destruir la obra infernal que perpetuaría nuestra deshonra! ¡Así, destrozada, para que nadie reconozca a la pobre engañada! ¡Después le mataré a él!

Nelly, dolorida a pesar de todo por el hecho de haber causado tamaña daño a Raúl, que caería en desesperante ridículo ante la élite de la sociedad artística, logró apoderarse del revólver de Carlos y con su propia arma le mantuvo a raya:

—Si da usted un paso más..., si intenta tan sólo ver a mi marido... ¡le mato a usted!... Ya podremos darnos por satisfechos con lo hecho... ¡Váyase!

Carlos habría obedecido a Nelly de no habersele presentado la llegada de los invitados al salón.

Nelly y Carlos se ocultaron detrás de un cortinaje, junto a la puerta del jardín, y oyeron el discurso de Raúl dedicando elogios al maestro Stephen que ocupaba el sitio de honor.

—Mis buenos amigos, la obra que voy a presentaros no es original mía. Yo no he sido más que el artífice, el obrero... El verdadero autor es el maestro Stephen. El fué quien, oculto en mi estudio durante una larga ausencia mía, descubrió a la modelo, concibió la obra y le dió vida... Más tarde, sus ojos empe-

zaron a nublarse y, casi ciego, vióse en la imposibilidad de finalizar su obra maestra... Y cobijóse en mi casa, en la de su modesto discípulo que, bajo su palabra inspirada, terminó como supo la preciosa producción... ¡Gloria al maestro!... Que vuestro aplauso alegre tanto, por unos instantes, su corazón, que olvide la



—Si da usted un paso más..., si intenta tan sólo ver a mi marido...

triste ceguera que le aflige.

—Así pues... ¡Stephen fué el seductor de su mujer!—exclamó Nelly ante Carlos, arrepentida de haber dudado de la caballerosidad de Raúl.

Pero callaron los dos culpables del destrozo

de la obra maestra, pues Raúl se disponía a descorrer la cortina que la ocultaba a los ojos de los espectadores.

Cuando lo hizo, el asombro se pintó en todos los rostros... la angustia en el de Nelly... la indiferencia en el de Carlos—pues a él le daba lo mismo que fuese Raúl o Stephen el malvado, ya que tenía que vengarse de quien había sido en verdad el seductor de su mujer— y la esperanza en el pálido semblante del ciego.

Inútil describir la emoción de Raúl, pues de sobra puede suponerse.

Pero ocurrió lo que Raúl no podía esperar: todos los asistentes a un tiempo, como inspirados por un mismo espíritu, se hicieron cómplices de una piadosa mentira... y un estruendoso aplauso ocultó la triste verdad al pobre ciego.

Todos felicitaron con efusión al maestro Stephen y éste, no pudiendo más, dijo a Raúl: —Raúl... hijo mío... esto es demasiado... No merezco este triunfo... Estoy muy emocionado... Deseo retirarme.

Raúl, temiendo por la quebrantada salud del maestro, lo hizo conducir por su acompañante al coche y en éste partieron juntos aquéllos hacia la casa del ciego.

Carlos, firme en su propósito de venganza, saltó al jardín y se acomodó en la parte trasera del coche del maestro, mientras Nelly, aprovechando la confusión, se mezclaba con los invitados.

Al llegar frente a la casa del ciego, su acompañante le invitó a ayudarlo a apearse y Car-

los se aprestó a dispararle su revólver a quemarropa.

Pero ya no era necesaria su venganza: ¡el maestro estaba muerto! ¡La emoción le había matado!

*
**

Nelly, para tener la conciencia limpia, se lo contó todo a Raúl.

—Nunca podré perdonarme el mal que te he causado... ¡Soy la persona que más te ama en este mundo .. y la que más te ha perjudicado!

—Pecaste por celos... por amor... Mírame a los ojos y prométeme que jamás pensarás mal de mí, sin antes sondear en ellos. ¿Pueden mentir unos ojos que sólo se recrean viéndote feliz a ti?

—¡Raúl... esposo mío, cuánto te amo!

—¡Mi nena!

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar



PRÓXIMO NÚMERO:

A TODO TRANCE

Interesante producción de extraordinaria fuerza dramática, interpretada por la gentil EILEEN PERCY y el simpático CHARLES JONES.

Postal-fotografía:

Patsy Ruth Miller

La Novela Semanal Cinematográfica
Sale todos los miércoles Precio, 25 céntimos



E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 18.—TARRASA